Otros cuentan este caso de otra manera (y a mi parecer es más llegado a la verdad). Lo cual, dicen por este modo, que agraviados los culhuas de ver aquella gente forastera en aquel lugar sin que pagasen tributo, ni pecho, los quisieron sujetar para que lo pagasen, por cuya causa les hicieron guerra. Y en una de las batallas y refriegas que con ellos tuvieron, vencieron a los más y prendieron a Huitzilihuitl que a diferencia del que después fue rey se llamó el Viejo. Este Huitzilihuitl era por entonces, entre todos ellos, el de más cuenta y reconocimiento; y es así porque en esta sazón era hombre de más de ochenta años, pues por lo pasado sabemos haber nacido viniendo los mexicanos marchando de Tzumpanco para la laguna, cuyo padre fue Ilhuicatl, hijo de Tuchpanecatl, señor del pueblo de Tzumpanco.

Este Huitzilihuitl tenía una hermana llamada Chimalaxochitl, la cual, viendo preso a su hermano y que ella con casi todo el pueblo iban cautivos, llorando su desgracia y como adivinando lo por venir y futuro, dijo: ésta es mi suerte y ventura; nosotros vamos cautivos, pero tiempo vendrá que haya en nuestra familia quien vengue estos agravios. Y habiendo pasado algunos años de su cautiverio, murió Huitzilihuitl, en tiempo que señoreaba aquella república de Culhuacan, Coxcoxtli.

CAPÍTULO V. *De cómo el emperador Quinatzin-Tlaltecatzin hizo señor de Tenayucan a su tío Tenancacaltzin; y de una guerra que tuvo con los metzcas y tototepecas*

L EMPERADOR TLALTECATZIN que se había criado en la ciudad real de Tetzcuco, estando agradado de su buen asiento y cielo, no quiso dejarla, ni asistir en la imperial de Tenayucan y así (como antes hemos dicho), luego que murió su padre Tlotzin, habiéndole hecho sus honras, se partió a Tetzcuco a ser jurado, donde fue con la majestad y grandeza que dejamos referido en el libro pasado. Pero porque la ciudad de Tenayucan no quedase agraviada, por verse sin señor, ordenó el prudente emperador de dársela en tenencia a un tío suyo, hermano de su madre, llamado Tenancacaltzin, que fue el que salió a reconocer los mexicanos, cuando venían entrando y no sólo entonces; pero después, en ocasiones, les hizo mucha guerra.

No sólo tomó por motivo el emperador de pasar la corte a Tetzcuco el haberse allí criado y tener particular afición al lugar, sino porque tenía allí junto otros dos reyes poderosos; el uno en Huexotla, media legua de esta ciudad, llamado Tochin y por otro nombre Ihuimatzal (que algunos dicen que era hermano éste del emperador) y media legua adelante de éste, otro, llamado Huetzin, en la ciudad de Cohuatlichan, deudo muy cercano suyo, los cuales quiso tener a la mano; lo uno por favorecerse de su poder, cuando en ocasiones se le ofreciese; y no pasó mucho tiempo después de

ser jurado, de que no pusiese en ejecución este intento. Porque cuando le pareció que estaba más quieto, gozando de la obediencia de todos sus vasallos, le llegaron nuevas de cómo las provincias de Metztitlan y Tototepec, que eran de grandísimo gentío, se habían rebelado y alzádole la obediencia. La causa que tuvieron para hacerlo, estos señores rebelados, fue verse con tanto poder y gente y parecerles que, como Tlaltecatzin era emperador en Tetzcuco, podían ser ellos reyes en sus tierras; y así no quisieron reconocerle, ni pagarle el tributo y parias, que solían, a sus pasados. Viendo el emperador la soltura y atrevimiento de estos caciques determinó de ir sobre ellos, para lo cual hizo un poderoso ejército y llamó en su ayuda a los dos reyes, deudos y vecinos.

Dispuestas ya las cosas de la guerra y marchando contra los enemigos, les envió a decir que hiciesen una de dos, o que se le sujetasen con la obediencia que le debían y que, haciéndolo así, les perdonaría su atrevimiento, o que saliesen al campo de Tlaximalco (que es un lugar antes de las dichas provincias, dispuesto y raso para la guerra), y esto hiciesen dentro de dos días después que hubiesen oído esta embajada, porque quería ver, en batalla campal, si eran tan hombres para la guerra, como presumptuosos, para verse señores sin rey; donde no, que les juraba que les entraría las tierras y a todos los llevaría a fuego y sangre, pagando los niños los atrevidos pensamientos de los viejos.

Los caciques de las dichas dos provincias (que para haberse de rebelar tenían ya prevenidas sus gentes) hiciéronlo así, como el emperador lo mandaba y, por mostrar más ánimo y valentía, no dejaron pasar el término de los dos días que les habían dado; pero llegaron a Tlaximalco el día antes de cumplirse el plazo.

Pusieron los dos caciques su ejército a vista del emperador, y enviáronle a decir que cuándo quería la batalla; el cual, encendido con el mensaje, respondió que luego; y diciendo y haciendo, llegaron a las manos. Fue tan reñida y porfiada esta batalla, que no sólo no se concluyó en este primer encuentro, pero duró por espacio de cuarenta días, en cuyo medio jamás pasó día sin que se acometiesen, hiriesen y matasen los unos a los otros; pero siempre el campo del emperador iba pujante y victorioso (que esto tiene la razón y el que contiende por ella).

Viéndose los metzcas y tototepecas con mucha mengua de gente, por haber muerto estos días la mayor parte de sus ejércitos, pareciéndoles que si pasaba adelante el caso llegarían a quedar confundidos de todo punto, se rindieron ofreciendo sujeción al emperador; el cual, viéndolos rendidos y humildes, les ofreció el perdón y la paz; aunque castigó a los más culpados y rebeldes para que este castigo fuese ejemplo a otros; y entró por estas provincias con todo su poder, para ser reconocido de todos y, dejándolas pacíficas y sosegadas, se volvió a su casa y corte.

Cuentan las historias que pocos días antes de esta guerra apareció en el cielo una gran cometa que apuntaba hacia aquellas provincias; la cual duró hasta el fin de esta batalla. Esta señal tuvieron por mal agüero; porque estos indios (también como nosotros los castellanos) conocen de ellas sig-

nificar hambres, pestilencias y guerras, como en esta ocasión se verificó. Y al presente que esto escribo, que es a tres días del mes de octubre de mil seiscientos y siete años, hay otra en el cielo, que ha diez o doce días que aparece; la cual colea hacia aquellas mismas partes y se viene subiendo hacia esta ciudad de Mexico, donde nosotros estamos y como ya la tierra no está para guerras, plega a la divina majestad de Dios, no sea hambre o mortandad, que con poca pestilencia que venga se acabarán todos; pues el número, que al presente corre, no es el centeno de los que entonces había.

CAPÍTULO VI. *De otras guerras y hechos de este emperador Tlaltecatzin*

IEMPRE LOS CORAZONES ATREVIDOS y soberbios (confiando en sus desvanecidos pensamientos) sólo atienden a hacer demonstración de su soberbia sin atemorizarse de los atroces fines que pueden resultarles; y de aquí nace que los soberbios, estribando en su sola presumpción, no les sirvan de ejemplo lás desgracias y ruinas sucedidas en cabezas ajenas. Esto digo porque habiendo pasado la guerra de Metztitlan y Tototepec y habiéndose mostrado el emperador Tlaltecatzin tan valeroso en vencerla, no por esto faltó quien quisiese ser segundo, para probar en su cabeza la fuerza de sus manos. Éste fue un reyezuelo de la provincia de Tepepulco, que aunque era rey grande y de mucha gente para tener majestad y señorío, era muy pequeño para oponérsele a tan grande y poderoso emperador; pero como su soberbia le cegaba, ni reparó en su bajeza, ni atendió a la grandeza del contrario; y así se rebeló contra él y le negó la obediencia. El emperador, que lo supo, hizo con él lo acostumbrado, que era enviarle a ofrecer paz y pedirle la obediencia. No sólo Zacatitechcochi (que así se llamaba este rey) no hizo caso de las palabras del emperador, ni se curó de reconocerle, con el vasallaje que le debía; pero hizo burla de sus razones. El emperador, enojado de su descomedimiento, fue sobre él y le entró la provincia y lo mató, sin bastar para inclinarse los muchos ruegos que le hizo después que se vido vencido, diciendo: que los soberbios no eran dignos de perdón; y mató con él a todos los más principales de aquella república y dejó en ella gobernador de su mano y con esto volvió.

A dos años pasados de esta guerra tuvo el emperador aviso cómo siete provincias, que fueron la de Zayollan, ochenta o noventa leguas de esta ciudad, a la parte poniente, y la de Temimiltepec y Totolapan, a la parte del mediodía, más de sesenta leguas, y Huehuetocan y Mizquic, cerca de esta corte y otras dos con ellas se habían rebelado; para lo cual hizo siete ejércitos y encomendando el uno de ellos a Huetzin, rey de Cohuatlichan, para que fuese contra los de Huehuetocan, y a Tochami contra Temimipiltepec, y Ayachimalconetzin, señor de Chalco, contra los de Zayollan, y a